

La guerra textual

Perspectivas de la Guerra Civil en la escritura autobiográfica española

Blanca Bravo Cela

«No viene en ningún libro sobre la guerra civil,
ni en los de un lado, ni en los del otro».

JAIME DE ARMIÑÁN: *La dulce España.
Memorias de un niño partido en dos* (2000).

Que la Guerra Civil Española del 36 no es una en el recuerdo sino muchas, se confirma tras la lectura de textos autobiográficos referidos a dicho periodo. Ciertamente, podría decirse que hay una guerra en la memoria de cada sujeto que recuerda, puesto que las vivencias individuales de la historia nunca se corresponden por completo con el relato histórico colectivo que se transmite. De esta forma, se puede abrir un debate sobre la carga histórica puesta en juego en los textos personales y el grado de invención que contienen. El tema es complejo y entre la afirmación rotunda de Paul John Eakin, según quien «escribir autobiografías testimoniales resulta equivalente a escribir historia»¹, y la de Silvia Adela Kohan, para quien «escribir autobiografía: reinventar la vida»², optamos por una posición intermedia que las matice a ambas. En el texto autobiográfico encontramos, efectivamente, datos históricos que ayudan a jalonar la vida explicada de forma cronológica. Sin embargo, también encontramos inventiva, para dar coherencia narrativa a un relato que es producto de la suma de retales de memoria³ y para favorecer el resultado del autorretrato. Sucede que cuando se tratan temas delicados, por comprometidos y cargados de implica-

¹ Paul John Eakin: *En contacto con el mundo*, Madrid, Megazul-Endymion, 1994.

² Silvia Adela Kohan: *De la autobiografía a la ficción. Entre la escritura autobiográfica y la novela*, Barcelona, Grafein, 2000.

³ «Autobiographers give their lives to be understood by others in a dangerously elaborated form» escribe John Sturrock en *The Language of Autobiography*, Cambridge University Press, 1993. Habría que considerar, más bien, la idea de Georges Gusdorf de la «chronique personnelle», que sintetiza la descripción del acontecimiento histórico con el paso del relato por el tamiz de la visión personal. En Georges Gusdorf, *Les écritures du moi*, Paris, Éditions Odile Jacob, 1991.

ciones, la ficción abandona el terreno de las necesidades de lo textual para convertirse en un instrumento de justificación personal. Así, los numerosos textos que recrean la contienda en primera persona se amparan en el uso de la retórica para deformar de modo, más o menos sutil, los datos históricos conocidos. Encontramos entonces maniqueísmo e hipérbole que procuran crear una complicidad sólida con el lector que descubre, en muchas ocasiones, afirmaciones rotundamente opuestas de un mismo evento en textos distintos. De esta forma, hay que observar la argumentación de las conclusiones que hace cada memorialista, integrante de un bando u otro –veremos que había más de dos y de tres–, salvando hipérbolos, animalizaciones y elipsis. Es decir: la retórica acaba por cumplir un papel fundamental en la explicación de la guerra que ofrece la escritura del yo, pues favorece la creación de un relato alternativo, tanto por lo que repite como por lo que silencia.

La autobiografía, en estos casos, resulta un legado de memoria parcial que acaba dirigiéndose hacia una posición que demuestra que la actuación del memorialista en el pasado es –permítase el juego de palabras– memorable. Es decir, nos encontramos con una serie de textos que utilizan el horizonte de expectativas del género –sinceridad y autoanálisis– y el pacto establecido con el lector⁴ para justificar una posición política que se percibe claramente desde el momento en que la guerra es calificada y descrita. Según el significado que se le confiere a la contienda en la autobiografía, la justificación irá en un sentido u otro.

Realmente es amplísimo el *corpus* de libros personales que relatan la Guerra Civil. Desde los referidos a episodios concretos, pasando por los dedicados a referir los tres años de contienda y muchos otros que tratan de la guerra, como un periodo más que le tocó vivir al memorialista⁵. Cada memorialista opta por una posición que suele estar en consonancia con la actitud que tomó durante el conflicto, de forma que se recrea la guerra en el texto y se revive así la lucha. Salvando los matices de detalle que caracterizan cada libro, podemos clasificar las memorias políticas en función de

⁴ Nos referimos a *Philippe Lejeune: Le pacte autobiographique, Paris, Seuil, 1975.*

⁵ Los ejemplos son numerosos. Destaco algunos que se añaden a los ya manejados en el cuerpo del artículo. *Julián Zugazagoitia: Guerra y vicisitudes de los españoles, Paris, Librería Española, 1968; José Llordes Badía: Al dejar el fusil. Memorias de un soldado raso en la guerra de España, 1968; Carles Pi i Sunyer: La guerra, 1936-1939, Barcelona, Pòrtic, 1986; Lorenzo Vilallonga: Diario de guerra, Valencia, Pre-Textos, 1997. El tema de la guerra sigue en otras muchas memorias que tienen como punto de partida el fin de la guerra (en cuanto que ganadores o perdedores), cosa que demuestra la brutal incidencia de este periodo en el memorialismo español. Es el caso de Lidia Falcón: Los hijos de los vencidos (1939-1949), Barcelona, Pomaire, 1979.*

la interpretación que hacen de la Guerra Civil –habría otros enfoques, como el tratamiento que hacen de los años republicanos o la lectura que se ofrece de la posguerra, por ejemplo–. Los grupos resultantes de esta clasificación suelen corresponderse con las grandes líneas ideológicas que entraron en conflicto durante los años treinta, léase nacionalistas, monárquicos, falangistas, republicanos y socialistas, federalistas, anarquistas, sindicalistas y comunistas. Claro que a esta variedad ideológica hay que observarla con la perspectiva que nos da saber que las escisiones internas fueron abundantes y constantes dentro de cada grupo.

Observamos un primer grupo de memorias que relata la Guerra Civil desde el punto de vista de los vencedores, de los seguidores del general Franco. En estos casos la lectura de la guerra es inequívocamente favorable: la identifican con una hazaña, por ganada, protagonizada por buenos contra malos, utilizando un básico maniqueísmo que lee de modo excesivamente simplista los acontecimientos históricos. «Contra los *Sin Dios* fue la Cruzada del Generalísimo Franco; contra los *Sin Dios* serán las próximas grandes guerras del futuro»⁶. Escribe el enfervorizado coronel José Gomá en sus memorias, tituladas *La guerra en el aire (Vista, suerte y al toro)*, en 1958. Con esta sentencia y terrible profecía, Gomá se adscribe a una tradición de guerra santa, que el golpista había tomado como modelo. En estos casos, dirán, el fin justifica los medios y el fin, para ellos, era reestablecer un orden que creían perdido⁷.

José Ignacio Luca de Tena, en *Mis amigos muertos* (1971) declara que él y los que lucharon junto a él durante la Guerra Civil lo hicieron para «que terminasen de una vez en España los asesinatos, los saqueos, la inseguridad individual y cuantas atrocidades proliferaron impunemente durante la República»⁸. En este sentido de considerar la lucha como inevitable y redentora, también leemos la entrevista que hizo Rafael Borràs Betriu a J. M. Ruiz Gallardón y que se publicó en el volumen *Los que no hicimos*

⁶ José Gomá: *La guerra en el aire (Vista, suerte y al toro)*, Barcelona, Editorial AHR, 1958, p. 10.

⁷ *La idea del orden impuesto por el franquismo frente al desorden precedente es recurrente en los textos de recuerdos. La hermana del dictador, Pilar Franco, en su autobiografía familiar, Nosotros, los Franco [Barcelona, Planeta, 1980] declaraba que: «Me gustaba la forma de Estado impuesta por Paco. A mí me convenía del todo. Tuvimos 40 años de una paz que no volveremos a tener en la vida. La gente venía a España y se iba diciendo que era el paraíso terrenal». Sólo con esta idea del orden se entiende la afirmación, que resulta por lo menos provocadora, de Mercedes Formica en Escucho el silencio [Barcelona, Planeta, 1984]: «En los tres años que duró la contienda nunca se pasó hambre. El orden y la organización traídos por Franco impidieron el caos que reinaba en zona republicana».*

⁸ José Ignacio Luca de Tena: *Mis amigos muertos*, Barcelona, Planeta, 1971, p. 85.

la guerra (1971). Ante la pregunta: «¿Cree usted que pudo evitarse la guerra? ¿Fue, por el contrario, inevitable? En cualquiera de ambos supuestos, ¿por qué?» Ruiz Gallardón responde: «Si se remonta usted a 1931, pudo y debió evitarse la guerra. Luego, desatada la demagogia, la zafiedad, el antiespañolismo, fue necesaria. Dolorosa, pero necesaria. Y desde luego inevitable»⁹. La clave de la declaración estaría, además de en los insultos, en el antiespañolismo pues, si se aceptaba que la Guerra Civil no había sido entre hermanos –y esto lo explica a la perfección Paloma Aguilar Fernández en su estudio *Memoria y olvido de la guerra civil española*¹⁰–, sino contra un enemigo extranjero –comunista, anarquizante–, los golpistas se eximían de toda culpa moral. De ahí el afán del régimen de señalar el carácter antiespañol –basado en muchas ocasiones en los deseos de autoafirmación de las regiones históricas de muchos republicanos convencidos– de los seguidores de la República.

Pilar Valderrama, la *Guiomar* de las poesías de Antonio Machado, escribió un libro reivindicativo de su condición de musa del poeta, titulado *Sí, soy Guiomar. Memorias de mi vida* (1981). En estas breves –y decepcionantes– páginas de recuerdos en las que describe a un Machado sombrío, aprovecha para posicionarse políticamente: «Llegó el levantamiento del 18 de julio, lo que todos esperábamos como consecuencia irremediable de la agitación y mal gobierno que padecía España»¹¹.

La guerra fue considerada como una redención esperada también por parte de los monárquicos y los falangistas. Sin embargo, muchos de éstos últimos se sienten decepcionados al fin de la lucha. Los seguidores de Alfonso XIII porque el dictador, injustamente en su opinión, no le devuelve el gobierno al monarca –en esta línea de protesta contra el dictador están los libros de José María Gil Robles, *La monarquía por la que yo luché* (1941-1954), la crónica del Duque de Maura y Melchor Fernández Almagro, *Por qué cayó Alfonso XIII* (1948), Alfredo Kindelán, *La verdad de mis*

⁹ Rafael Borrás Betriu: Los que no hicimos la guerra, *Barcelona, Ediciones Nauta, 1971, p. 139*. Este conjunto de entrevistas a figuras que no habían participado en la contienda tuvo una respuesta un par de años después, en 1973, con un libro que recogía testimonios de los que sí habían luchado y se vieron obligados al exilio. Se trata de *Los que Sí hicimos la guerra, a cargo de Pons Prades, Eduardo: Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1973*.

¹⁰ Paloma Aguilar Fernández: *Memoria y olvido de la guerra civil española, Madrid, Alianza Editorial, 1996*.

¹¹ Pilar Valderrama: *Sí, soy Guiomar. Memorias de mi vida, Barcelona, Plaza & Janés, 1981*. Otros muchos memorialistas nacionales se hacen eco del «mal gobierno» que consideran que lleva a cabo la II República. Regina García: *Yo he sido marxista. El cómo y el porqué de una conversión, Madrid, Editora Nacional, 1952*; José María Marcet Coll: *Mi ciudad y yo. Veinte años en una alcaldía, 1940-1960, Barcelona, Duplex, 1963* y Luis Bolín: *España. Los años vitales, Madrid: Espasa-Calpe, 1967 son algunos ejemplos*.

relaciones con Franco (1981) y Eugenio Vegas Latapié, *Memorias políticas. El suicidio de la monarquía y la Segunda República* (1983)–. Por otro lado, los falangistas no reconocen en Franco al dirigente excepcional que habían encontrado en Primo de Rivera: «Franco era el general que ganó la guerra y el Jefe del Estado, pero nunca le consideré como jefe político, sucesor de José Antonio Primo de Rivera en el mando de la Falange», declara Francesc Ferreras en el libro de testimonios recogido por Juan F. Marsal, *Pensar bajo el franquismo* (1979)¹².

Frente a la línea memorialista que considera la guerra una lucha santa, otro grupo de textos de izquierdas postula el recuerdo de la Guerra Civil también positivo, en este caso como perfecta manifestación de la revolución. Late en muchas de las memorias de anarquistas y comunistas un tremendo orgullo por haber participado en la Guerra Civil de un modo activo. Se sienten responsables del clima revolucionario de los últimos meses de la República y consideran la lucha como un símbolo de fortaleza ideológica. Se vanaglorian de haber sido los últimos en abandonar la causa cuando la guerra civil parecía acabar con la victoria del bando nacional y la derrota de la República a la que consideraban burguesa.

En este sentido, Joan Llach, memorialista anarquista que se dedica a recordar su infancia como obrero en una fábrica del barrio barcelonés del Clot, *Los días rojinegros. Memorias de un niño obrero, 1936* (1975), escribe emocionado lo que se convierte en un cliché de este grupo de memorialistas: «La primera bandera había sido la de Buenaventura Durruti al partir con su columna hacia el frente de Aragón. También la rojinegra había sido la última en abandonar España, y sus componentes, los de la unidad División 26, «Columna Durruti», al mando de Ricardo Sanz, cruzaron formados disciplinadamente la frontera francesa. Aquéllas, pues, las rojinegras, habían sido las primeras y últimas banderas de la Guerra Española»¹³. Felipe Alaíz, Cipriano Mera, Abad de Santillán, Adolfo Bueso, Enrique Martín y Antonio Rosado¹⁴, entre otros muchos memorialistas anarquistas, se suman en sus memorias a esta idea de la revolución que les pertenecía. La

¹² Juan F. Marsal (ed.): *Pensar bajo el franquismo*, Barcelona, Ediciones Península, 1979, p. 96.

¹³ Joan Llach: *Los días rojinegros. Memorias de un niño obrero, 1936*, Barcelona, Ediciones 29, 1975, p. 161.

¹⁴ Felipe Alaíz: *Testimonios de un libertario*, Madrid, Júcar, 1976; Cipriano Mera: *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, Châtillon-sous-Bagneux, Ruedo Ibérico, 1976; Diego Abad de Santillán: *Memorias, 1897-1936*, Barcelona, Planeta, 1977; Adolfo Bueso: *Recuerdos de un cenetista*, Barcelona, Ariel, 1978; Enrique Martín: *Recuerdos de un militante de la CNT*, Barcelona, Picazo, 1979; Antonio Rosado: *Tierra y libertad. Memorias de un campesino anarcosindicalista andaluz*, Barcelona, 1979.